

ENSAYO SOBRE LA NOVELA INGLESA CONTEMPORANEA

Dedicado a Emilio Vaisse, el sesudo
crítico del admirable *Mercurio*.

GEORGE ELLIOT.—*La retribución como ley moral de la vida*

George Elliot es de la extirpe de Thackeray y aún mas profundo que él en sus adivinaciones de psicología humana. A ningún autor recuerda tanto, al leerle, como a Goethe, el escritor de las máximas marmóreas. Aparte de su talento positivo en percibir lo humano de sus personajes,—ellos son bien seres de carne y hueso,—posee un poder extraordinario de raciocinio que cuaja en pensamientos sorprendentes por su hondor y verdad.

Inicia su carrera como traductora y ensayista, colaborando en la *Westminster Review*, cuyo sub-editor fué mas tarde, cuando el doctor Chapman se hiciera cargo de la dirección. En esta etapa de su vida, dominó cuanto ofrecía el momento científico y se dedicó al estudio de las principales literaturas de Europa. Es dable decir, sin viso de exageración que mujer alguna ha poseído sus conocimientos. Tan extensos y completos fueron ellos, que deslucieron mucho sus últimas novelas, sobrecargadas de informaciones científicas. Hacía desear a sus lectores, el *ricorso* a aquellos cuadros de la vida clerical (Edimburgo 1854,) donde haciendo un paréntesis al presente, rememora a los cuarenta años, su juventud de hija de un pastor del norte de Inglaterra. Olvida que ha frecuentado a los espíritus mas avanzados y mas finos de su generación, a Newman, al historiador Froude, a Carlyle, a Martineau y a Georges Lewes, el biógrafo de Goethe, con quien acaba por enlazarse en una unión

libre, tal como lo aconsejara, años después a su hija, el comunista Eliseo Reclus. En estas escenas de los presbiterios de su condado, descúbrese una moral esclarecida y noble; magüer su credo positivista, pinta con elevada tolerancia los acontecimientos de existencias en cuyos principios esenciales ya no cree. La prosa de esas vidas a veces oscuras, tan humildes y borradas, no le oculta la claridad poética que envuelve a menudo los actos de un corazón puro. Estos cuadros de costumbres, frescos y descriptos con simpatía, atrajeron la atención de la alta crítica hacia la joven sabia, pero los que la juzgaban, no se dieron cuenta hasta donde llegaría su facultad de novelista. Ella misma no lo advirtió hasta pasar la edad del ensueño y entrar en la madurez. Al año entrante, 1859, obtuvo su primer éxito definitivo. Era consagrada por el mismo Thackeray en el *Cornhill Magazine* como una estrella de primera magnitud, trasponiendo recién el horizonte. Fué esta novela un estudio a lo Balzac del mundo, palpitante de vida y pasiones que nos rodean. Sobre los recuerdos de su aparentemente deslucida y monótona vida de provinciana, había de levantarse la celebridad que le negara el arduo cultivo de la ciencia. Admítese sólo un caso de un temperamento fraterno al suyo, insigne en disciplinas y talentos que parecen excluirse. Todos a uno pensamos en el autor de «Las Afinidades Electivas,» poesía y prosa,—para deambular de una a otra o fundirlas a menudo,—fué el rótulo ambiguo de las memorias de Goethe y con él, acaso, en su genialidad zahorí y vidente quiso significar un juicio sintético de su obra.

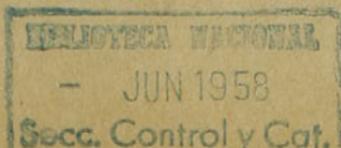
«Adam Bede» es un libro magistral, su héroe no es precisamente tal cual de sus vigorosos personajes, sino una colectividad de pobres y ricos, de privilegiados y desheredados, que en lucha con las trabas de la herencia y de la riqueza, buscan una situación donde poder hacer de sí mismos seres mas nobles. La voz del dolor humano se concentra ante todo alrededor de la bella y vanidosa Hetty Sorrel. Su falta mitigada por la indulgencia que rodea siempre a la belleza física, magüer la humillación que en su provecho hace sufrir a sus víctimas,—conmueve como página alguna de la ficción inglesa. Es la invariable historia de Fausto y Margarita.

Este epitalamio que la cobardía del joven squire torna queja mortuoria, es silenciado por la voz viril y jocunda del sano corazón de Adam. Seméjase a un Siegfrid, en su taller de carpintero, canta, juega, chancea, entrega en cada gesto su alma, a la cual nada se le puede negar, porque tiene virginidad de espíritu y su corazón no ha latido con la traición que deshonra. Canta su balada el mancebo fuerte y bello. A su formación han contribuido por partes, igualmente reales. Natura y el trabajo venturoso y bendito. Ha dado su amor, su fe jurada a la coqueta Hetty. Ella no atisba bajo su burda blusa o callosa mano el claro corazón de este arquetipo de fuerza moral y de salud física. La tragedia está en estos tres personajes, delineados con energía, claridad y un seguro conocimiento del humano corazón.

¡Qué patética escena cuando Hetty, sola en su alcoba, húmedos aún sus labios de los besos del pérfido amante,—se mira en el espejo, gozándose en la contemplación de su atizada hermosura. La casa duerme en paz; todos ignoran su dicha! Ah, si ese espejo le hubiera mostrado el karma inexorable; el delito frustrado, el fin de muerte y el deshonor arrojado sobre un nombre que le legaron transparente sus abuelos.

Por vías distintas a la fe cristiana, llega no obstante a las mismas conclusiones, esta amiga íntima de Heriberto Spencer. Amancebada con el eminente filósofo Lewes desde los treinta y dos años, atestigua en la finalidad de sus novelas, un respeto rayano en veneración por la institución del matrimonio, que al considerar tan sólo la felicidad colectiva, sacrifica tantas veces la sensibilidad de la mujer y la ternura de la madre. George Elliot no procede en este asunto, sino como una cristiana convicta. No admite se aparte la mujer de su fe en la belleza y en el todo poder de su cuerpo virginal, unido a la castidad de su corazón. Ella ha ollado, con todo su genio y cultura, los mismos principios que la niña inocente e ingénua, pero no importa,—adoptando una sanción que se apoya a la vez en su ciencia y en la fe paterna que ha abandonado, con el corazón lleno de pesares,—condena a la pobre Hetty y deja impunes a los miserables que se agitan en derredor a la criminal por amor.

Paradojal condenación. La puerta entreabierta por las her-



manas Bronté, que conduce a la experiencia amorosa de Elliot, es cerrada pesadamente por ella. Su misión es restaurar la ley moral de la retribución en los actos humanos. La simpatía que es la fuente de su genio, favorece por entero a Dinah Morris, la predicadora metodista. Para ella, era ésta la principal protagonista. La hace actuar en el trasunto de la acción cual una providencia que viniera a erigir el orden y la armonía sociales, convulsionadas por las disensiones religiosas y políticas, las torpes injusticias de los poderosos y la falta sin redención de una pobre niña desgraciada. Es ella la portavoz del autor con quien tiene un asaz parecido.

Hace existir ante nosotros sus personajes. ¡Qué vigorosamente trazado está, por ejemplo, el prelado gran señor de la aristocrática Iglesia Establecida, para quien la religión es como una herencia de sangre y una noble manera de satisfacer su sed de humanismo. Reproduce al eclesiástico señorial del Renacimiento, edad augusta en que la antigüedad clásica era el refugio de los espíritus soñadores. Un fuerte espíritu de casta le anima y este convencimiento, fruto de un rancio ambiente social, quita a su egoísmo toda la abyección que pudiera tener. No menos animadamente está dibujado el padre de Adam Bede, el borracho inveterado, cuya trágica muerte está llena del sentimiento de lo poético.

Ha tiempo el alcohol le hace habitar otro mundo y, al ahogarse, va hacia él de lleno como quien pasa de un ensueño a otro.

En su descripción de la multitud, muestra que cree en su redención, su alma no tiene secreto para ella. ¡Qué bien conoce el tesoro de los humildes del cual está forjada la fortuna de las naciones! La composición de la fábula es admirable. Equilibrada en todas sus partes, produce su lectura esa sensación admirativa que sólo logra lo que es perfecto.

Este arte no es menos realista que el de Carlota Bronté, y lo es más aún, porque sale de la pura introspección para escudriñar las pasiones de todos los seres. Combate el impulso del instinto en la emancipación femenina, la quiere fundada sobre un sistema, fruto del estudio y de la meditación. Los dictados de la fé, elaborados pacientemente durante siglos pueden coincidir muy a menudo con la ciencia, acaso fugaz, formulada

por un solo espíritu humano, durante el curso de su vida. Así, la necesidad lógica, conduce sin saltos ni brusquedades, a esas leyes, las mismas en todas partes, que enuncian de que a todo error sigue un castigo adecuado y que todo acto bueno o malo se prolonga en innumerables consecuencias.

«El Mill on the Floss», (1860) trae caracteres bien definidos e inolvidables como el de Margarita Tulliver, interesantísima desde el punto de vista autográfico; el jorobado, interesante muy de otra manera que el fantástico Quasimodo de Víctor Hugo;—y ¡quién no ha conocido las inquietudes domésticas de la infeliz Mrs. Tulliver, movida por mil minúsculos temores y animada por inverosímiles escaramuzas!

En «Silas Marner», (1861) hallamos otro ejemplar de obra maestra. La intriga es muy simple, un ser ni bueno ni malo, encerrado en sí mismo; una gran injusticia, una iniquidad de esas que permite el Eterno al diablo imponer a su predilecto Job, se ciernen sobre el pobre zapatero remendón. No puede defenderse de una acusación falsa por robo y debe sufrir uno de esos castigos silenciosos, que por mas sangre que mane del corazón o se agote la mente de cavilaciones, no alcanzamos a comprender.

El bueno de Silas, cumplida su sentencia, se instala nuevamente de zapatero, lo mas apartado posible de la aldea. Vive como una fiera acorralada. Es un paria social, un solitario, un excepto, un rebelde sin heroísmo, un corazón de hiena. Es en ese estado de ánimo, que el amor en la personita de una huérfana, pura e inocente, golpea a su puerta. Sufre con indiferencia, pero sin humanidad la presencia de ese fruto de unos amores ilícitos, como los de Hetty Sorrel. Si bien el amor materno ha sido en este caso mas fuerte que el temor de las consecuencias de la culpa, para que viva este vástago, es necesario que la madre muera. Con ese sacrificio ella compra su perdón y la misericordia de la sociedad cuya severa moral aparente ha ultrajado. Un acto de tan evangélico amor no podía sino ir indirectamente, en la persona de la niña, a compensar la congoja de otro ser, muerto civilmente por un error judicial. Los humildes se compensan entre sí sublimemente. Sólo puede satisfacerlos lo que conquistamos con nobleza.

La intrusa con su cabecita encantadora, sus rulos de oro vivo, sus balbuceos, sus juegos, sus monerías acaba, tras luegas horas de paciencia insistente por conquistar el corazón del escéptico.

Pocos libros dan una lección mas saludable del misterio de nuestros éxitos o de nuestros infortunios, ¿por qué nos hiere tan friamente una ciega fatalidad o por qué la misma, a veces, nos exalta sin motivos a sitios inmerecidos? Misterio abismal del que sólo una fé y una esperanza irrazonadas pueden medir las profundidades.

La potencia filosófica de George Elliot ilumina este asunto, sermonea, no da conferencia sobre tan intrincado arcano, no moraliza, expone tan sólo un cuento delicioso, de exquisito sentir.

No es George Elliot tan sólo un historiador del corazón humano sino también un pensador eminente.

Son estas sus creaciones mas frescas y originales, por ellas permanecerá como huésped glorioso en la «ciudad de los libros».

Ensayó la novela histórica en «Romola» (1863) cuadro pintoresco y exacto de Florencia en su época de grandes luchas morales. «Félix Holt» (1866) expone con el vigor y la fidelidad de un documento histórico una elección política. Es una novela animada y alegre en que el lector abandona al simpático Félix, hermano menor de Adam Bede, en una situación tan dichosa como su bello nombre romano.

«Middlemarch» (1872) es obra de mucho pensamiento, tesoro de aforismos. Señala una vuelta a la descripción de la vida de provincia y narra pesadamente tres historias de amor entrelazadas a tres corrientes del pensamiento, físico y religioso.

Con «Daniel Deronda» (1876),—novela sobre la raza israelita, cuadro poderoso e importantísimo como aporte psicológico,—se cierra el segundo y último ciclo de estas novelas que se encuentran entre las mas dignas y notables de la literatura universal.

GEORGE MEREDITH: *El cultor de la madre naturaleza*

George Meredith es un literato de excepción, se adelanta en medio siglo a sus contemporáneos. Adopta ante la vida y todos sus problemas un criterio modernísimo de franca y libre investigación. Ninguna convención, y menos las impuestas por la rigidez de la corte, le detiene, por una extrañísima paradoja, este espíritu educado en Alemania, bajo la excelente dirección de los hermanos Moravos, cuya influencia sedante también sufrió Goethe, es el menos germanizante de los novelistas ingleses. Su humor recio, a la vez humanista y drolático, es bien inglés. A la edad, de diez y seis años regresó a Inglaterra y muy jovencito aún se unió en matrimonio a la hija del novelista Tomás Love Peacock,—cuyo consejo no fué ajeno a su desarrollo mental,—y se instaló en la casa de campo de su suegro.

¿Hay campiña tan bella como la inglesa? Sus verdísimos prados cuidados con primor y donde a trechos brillan los geranios perennes dan vista a las majestuosas moradas estilo Tudor, cubiertas de hiedra y, surcados por senderillos se extienden bajo los olmos frondosos y los robles vetustos hasta un río silente que duerme en su confin. ¡Ah que inolvidable es todo ello! Cerca de tal hogar, alguna abadía destruida, meta otrora de devotos cortejos o centro donde la caridad u hospitalidad eran gentilmente dispensadas, alza sus venerables muros, sumando una nota de poesía medioeval al ambiente tranquilo; próximo a otro eleva gallardas sus torres un castillo desde cuya terraza almenada el panorama se ve con orgullo. Al leer la obra de Meredith apercíbese al punto esta estada cerca de la naturaleza, ella constituye su inspiradora y a sus ojos es por contrariarla que adolecemos de todos los males.

Este aristocrático sentir expresado en un estilo trabajado en epigramas, antítesis y giros rebuscados, al dificultar la comprensión de lo escrito, ha sido uno de los motivos de lo tardamente que fué reconocido el autor de «The Egoist».

El eufemismo vuelve a florecer, al extremo de ser llamado Meredith un John Lily, que fuera además un grandísimo poeta. También háse acercado su nombre al de Roberto Browning,

cuyo estilo sibilino es la tortura de los eruditos y de sus adoradores. A las complicaciones señaladas, vienen a agregarse la doctrina estética y la filosofía del autor. No es sólo exquisito poeta y novelador, sino que hay en él constantemente un filósofo, deseoso de satisfacerse y de expresarse. El se ha encargado de exponer sus ideas en detalle a veces en el curso de sus propios libros novelescos, y en ninguna parte con tanta finura, como en «*Essayon Comedy*» (1897) que es uno de sus últimos trabajos, escrito treinta y ocho años después de la publicación de su primer gran libro. En su credo se alían positivismo y fatalismo con ráfagas panteístas. Nacemos en este astro que en su mayor parte no vive como nosotros de pensamiento lógico, sino de instintos informes, nuestro esfuerzo limitado a él no debe ir más allá del horizonte donde el foco solar desciende todos los días.

¿Qué hay allende los campos de estrellas? No nos incumbe el averiguarlo. ¿A qué la metafísica, a qué la ciencia cuando abandona el suelo donde pisamos con firmeza? Todo ello es vanidad de vanidades. ¿Cuál es el objeto de nuestro vivir? Su filosofar responde: trabajar y ser útiles, probarlo todo y retener lo bueno. La dicha está en el esfuerzo, en las dificultades de la prueba, no en el resultado de las mismas. No debe interesarnos el final del viaje sino él mismo y las experiencias del camino; la finalidad y el sentido de la vida nos escapan, si no tenemos fé, se sobre-entiende: no hay certidumbre a su respecto para la inteligencia humana o la razón razonante. Meredith se ciñe tan sólo al reino de lo visible y no va más allá, pero como todo ser cuyo fondo es poesía y saber, emoción y sentir, humor y sonrisa de piadosa ironía, tiene que ofrendar a alguien el exceso de su amor. Tal es el origen de su culto por la «*Mother Eakth*», amenudo tan sensualmente descrito y tan serenamente seguido, para él hace esta las veces de Dios y de todas las manifestaciones e instituciones en que se manifiesta su existir y su providencia.

¿Columbra el lector a que desastre conduciría este pragmatismo terreno? Seméjase, prima facie al naturalismo de Zola o al ultra-realismo, rayano en lo brutal de Guy de Maupassant, pero, nada de eso, Meredith es inglés, impassible en medio de

la tormenta, atraviesa el fuego sin quemarse y como Ulises deja sobre el más alto peñón, a la ninfa Calipso, pesarosa e inconsolable de verle partir para siempre. La magia de los sentidos no le conducirán al laberinto del cual tan difícilmente alcanzan a salir nuestros novelistas latinizantes. Así su credo moral o su filosofía no deprime ni enerva, da coraje y es verbo deleitoso para los inteligentes.

Para explicarnos el por qué pone sobre la portada de su libro doctrinal «*Essay on Comedy*», debemos remontarnos a esos convites de donde salieron los diálogos platónicos. Junto el fruto de la mies, la deliciosa sangre de las viñas y las frutas, amaban esos insuperados antiguos, reclinarse y conversar de cosas trascendentes con la sonrisa fácil y la emoción a flor de piel. ¿Quién no se ha sentido optimista, en ocasión de reuniones semejantes, cuando el buen humor se escancia con el Medoc bermejo o el oro del Sauternes, mientras los succulentos vapores del asado confortan a los comensales? En ese sentido originario palpitan el optimismo, a veces dionisiaco de Meredith, su espíritu Zumbón, su dicha de vivir.

Estos placeres no son sino para los menos, los iniciados en la plenitud de las formas eternamente seductoras de las cosas: así la novela que ilustra con su nombre este autor, es esencialmente obra intelectual para letrados.

Otro aspecto simpático de su moral, testimonio de su naturaleza superiormente viril, la constituye, su penetrante comprensión de la mujer moderna. Ante todo conducirse como caballero. El «*Corteggiano*» de Baltasar Castiglione, resumiría su actitud hacía esa compañera en que el hombre ha de ver siempre la figura enternecedora de la madre. Ha sido una tradición de las letras británicas, desde Shakeaspeare y aún antes, el tratarlas con la delicadeza debida a su sexo. ¡Cuánta heroína ha trazado en sus libros Nataly, en «*One of our conquerors*»; Clara Midleton, Nesta, Cecilia, Reneé, Carinthia Jane, Rosamund Culling y la fascinadora Mrs. Warwick de la «*Diana of the Crossways*»; la sonrisa y el amor de la mujer arrancan a su paleta los efectos más exquisitamente encontrados. No la asocia de preferencia con los

«Desórdenes en el fondo vacíos y tristes,
de los amores sin lazo y cuya impiedad
temen a la fecundidad como a un infortunio.»

La fuente es pura, se puede beber en ella.

En 1856 aparece su primera obra de fondo, «The shaving of ghagpat», donde ensaya con mano feliz su «weltanschung». Describe allí la carrera de un joven reformador que llega a la meta del ideal propuesto sin inquietarse mayormente de los reveses y decepciones de la ascensión. Es un peregrino de piedra. Tres años más tarde (1859), escribe «The Ordeal of Richard Feverel», la primera entre las grandes producciones de Meredith. Puede juzgarsele la más bella y clásica; es la más ordenada en su composición e intensa en su desenvolvimiento. Tiene una significación especialísima dentro de la obra total del escritor y muéstrase representativa cual ninguna, porque en ella se dan cita sus mejores cualidades. Ofrece todo el aspecto de una experiencia personal generalizada. Es el romance, si queréis, absurdo de la pedantería cultural de la ciencia ciega y vana, substituyéndose a la naturaleza en la dirección de un ser viril, de primer orden, tallado no obstante para ser un carácter. Tan seductora promesa se marchita por uno de esos desencantos del primer amor, trágicamente fuerte y a los que nadie puede sobrevivir sin peligro de enloquecer. «The Ordeal of Richard Feverel» es a su manera grandilocuente una novela filosófica. No es por ello tratado filosofal, sino ejemplo, documento palmario. Mejor que otro cualquiera de los novelistas del siglo, realiza el tipo del hombre de letras, viviendo él mismo en sus propios personajes. Derrama en sus libros toda su maravillosa sensibilidad: su emoción armónica, su ternura, su rebeldía, su indignación, su piedad y su ironía, estas dos últimas actitudes las más necesarias de la vida.

El don de ver vivir sus creaciones lo posee en grado superior. Algunas de ellas tienen el relieve de las de Dickens y Balzac; siendo aún más vigoroso, más inteligentemente impresionante en la pincelada con que los arranca del seno de la imaginación creatriz, podemos escuchar el latido de sus corazones y desnudar todos sus pensamientos hasta anticipar así sus pro-

pósitos y conjeturar de antemano, sin trabajo, cómo se van a portar en determinados momentos.

El estilo preciosista, gongórico, cuajado de antítesis, metáforas, comparaciones, envíos, ritornellos, es consubstancial al autor como dijera Montaigne. Sin aprendizaje de miseria, cual tuviera el autor de «Nicholas Nickeby» o los reveses de fortuna de Thackeray, es de admirar como profundiza los casos de esa infelicidad traída por la intromisión en la vida ajena. Es atentísimo al mal que causamos a los otros, sentenciándolos al través de nuestro carácter y no desde su punto de vista que no puede ser otro que el llamado de su instinto o el empuje de su destino.

Nada hace zozobrar tanto su alma pagana y renaciente, su visión de lo divino en todo, como cuando este dominio es ejercido sobre los impulsos de la juventud, para quien quisiera todos los elementos de la verdadera nobleza ética y toda la libertad para manifestarse.

«Richard Feverel» es la historia minuciosa de un joven aristócrata inglés, cuyo padre, imbuído de la ciencia eugénica, quiere hacer con su hijo un experimento de selección. Ha sido elector de Spencer y de Darwin, y deslumbrado por la rigurosidad de la ciencia, la interpreta en raptó de sincero pero errado amor paterno, para basar en sus dictados la felicidad futura de su único hijo.

En la primera ocasión, precisamente en el momento crítico del despertar de los sentidos, Ricardo, sólo moldeado a medias por la disciplina mecánica, cede ante un par de bellos ojos. Descrito con poética maestría comienza en su idilio en los claros del bosque de la propiedad paterna, al borde de un arroyo. Un beso femenino ha bastado para borrar una educación en que la virtud y el saber no se consiguieron con la espontaneidad del corazón o la natural curiosidad de la mente virgen. El drama sigue a la aurora del primer amor puro y exquisito: viene el choque con el padre, la separación, la lucha, el tormento que impone una civilización malsana en nombre del pensamiento fosilizado de una élite social.

El instinto es poderoso en Ricardo, pero la voluntad no está a su altura y así, después del triunfo de un amor ferviente, ca-

tastrófico, como el de Romeo por Julieta, se separa de la esposa cuyo vivir está en la sangre de sus venas.

Con rasgos de un realismo cruel, en que nada se deja tan sólo a la imaginación, Meredith persigue con saña su demostración de la maldad de todo fanatismo.

Hay cuadros y escenas de una belleza rara vez superada: el himno en prosa del capítulo XIX; desconsoladores, de una amargura angustiosa, son los adioses entre el débil Ricardo y su adorable esposa, nueva Miranda, nimbada de fatal inocencia y divina belleza. No conozco en idioma alguno situación más dolorosamente trágica que la de aquellos dos seres, que todo lo han inmolido a su invicto amor, y separados por una débil pared no pueden verse, retenidos por el impío y diabólico temor de una ciencia médica de sincuranza por las realidades supremas de la vida. Arranca lágrimas el presenciar ese cuadro determinado por una maldad tan honda y tan inútil. La ausencia del amado es el origen del mal; tan sólo su presencia puede curarle. Mas todo se interpone para que ello no suceda. Triunfan las sinrazones del egoísmo y la impasibilidad de la ciencia.

El corazón que ha anhelado tanto ya no sostiene la sangre en sus gastadas paredes, estalla en el inmoderado deseo. Cuando ya ha muerto la amada, puede entrar Ricardo. Mas todo ha concluído: quimera generosa, ensueño, que hacen tan amables y casi seres divinos a sus héroes; todo ha sido sacrificado a un falso principio.

Tres vidas han sido tronchadas.

¡Qué abismo de pesar el de sir Austin, frente a las cenizas de un fuego casi extinto, maldiciendo sus ideas directrices insanas. Cerca suyo está el hijo a quien nadie puede arrancar del estupor en que lo ha sumido su desgracia. ¡El había nacido para ser feliz con todas las perfecciones físicas, con todas las ventajas de la fortuna y los privilegios del alto rango social!

La ventura ha sido tronchada para siempre para estos dos seres, cuyo sobrevivir es todavía peor que la muerte. Ya jamás sonreirán.

La crítica contemporánea censuró como inmoral y hasta grosera tan contundente demostración de un gran error moral.

Era por la época en que en Francia se instruía un proceso a

Gustavo Flaubert por su «Madame Bovary,» «Evan Harrington» (1881) y «Rhoda Fleming» (1865,) manifiestan el desarrollo de almas contrariadas por circunstancias adversas. En la primera de ellas, abundan los hermosos pensamientos, traducidos en expresiones tan oportunas que, a no haber escrito otra cosa, Meredith sería recordado por la concepción de la moral y de la vida enunciadas en ella con un arte selectísimo. Tiene sed de la expresión artística acabada y de la verdad, por sobre todo. En «Harry Richmond» (1871) se muestra de manera suscita la unidad de este arte y de la doctrina de este pensador.

La novela «Beauchant's career» (1876) se ocupa de la vida política muy de otra manera que lo hacía el dandysmo elegante de Disraeli o la prpsopopeya de Bulwer Lytton. Es una de las grandes novelas del siglo que tratan sobre la astucia y la hipocresía aplicadas a un arte tan moralmente inferior como el de gobernar a los pueblos.

Posee la forma literaria impecable, el argumento impregnado de energía y el elemento patético que mantiene vivas las emociones del lector. «The Egoiet» aparecido en 1879 es fuera de duda la obra mas típica de Meredith. Estudia el yo y su autoculto tan revelador de las pequeñeces y miserias humanas. La sátira se dirige principalmente al hombre en esa situación en que perturba y hace vibrar el amor sus mas delicadas fibras. La audacia ridícula como en el episodio famoso de Edmond Rostand nunca desalojó al buen sentido con tanta fuerza.

La trama se reduce a la búsqueda de una esposa por parte de Mr. Willoughly Patterne adornado de todas las virtudes de la época victoriana. El análisis harto minucioso en un sentimiento que ha de ir acompañado de espontaneidad, no lleva sino a perder lo que fácilmente se obtiene con solo seguir el cauce de nuestros sueños. Así ocurre a sir Willoughy Patterne habiendo dejado pasar como sombras sucesivamente la belleza, el carácter y la abnegación, acaba por desposarse con una dama que es solo reflejo pálido de su torturado ideal.

Esta crítica, no excenta de aguda sátira, contra el rol masculino en las relaciones de los sexos ha sido para la mujer, quiétillosa de su libertad, un aporte valiosísimo a su causa eman-

cipadora. El movimiento feminista debe en gran parte su éxito a esta simpatía comprensiva.

Con «One of our Conquerors» (1891) y «The Amazing Marriage» (1895) persigue con sus dardos de Juvenal la práctica *a outrance* del amor en el matrimonio, donde la mujer engañada o equivocada no debe mirar hacia atrás so pena de que el Código civil la petrifique como a la mujer de Loth, al salir de Sodoma, la ciudad feria de la lujuria.

Cuando se es feliz,—dice Remy de Gourmont,—a uno no le es posible permanecer en casa, solo se vive bien por el deseo.

Por sus alusiones a un escándolo del gran mundo, «Diana of the Crossways» es la obra de Meredith mas al alcance del público. Menos análisis, mas claridad en el desarrollo, y humanidad en el alma de los personajes, han dado a esta novela marcada preferencia sobre las demás.

Meredith no es ni será jamás un autor popular. Le falta la ingenuidad y el arte casi infantil de contar un cuento encantadoramente. Su obra se resiente de su intelectualismo, de su humor elevado y fino pero llevado a veces a un exceso tal que se torna cruel. El estilo, en general demasiado amanerado, brillante de púrpura y oro, deja a la idea envuelta como Brunilda en engañosas llamas, espejeante artificio que ahuyenta a los tímidos y a los simples, pero cuando uno se familiariza con él, qué fiesta para la inteligencia y qué música para el oído!

Sin embargo la influencia de Meredith es enorme sobre la sociedad y la literatura. A la una ha adelantado modos de encarar y de vivir la vida; a la otra le ha aportado una preocupación de selecciones artísticas e ideológicas, nueva en la literatura inglesa. Si no ha descendido en sus obras a la multitud, ha llegado hasta ella por intermedio de los autores menores que se han abrevado en sus doctrinas estéticas. Nadie ha contribuido mas que él con su crítica, y su gusto depurado al hundimiento de los valores culturales de la época victoriana. Durante varias décadas ejerció una autoridad incontestada, cuyo influjo se extendió cada vez mas, de año en año.

THOMAS HARDY.—*El determinismo como factor de la vida*

No es meramente por amor a las clasificaciones que el juicio literario, agrupa juntos ciertos grandes hombres. Son ellos a menudo el complemento el uno del otro. En la aurora de la época victoriana hemos reunido el nombre de Dickens y el de Thackeray; luego el de Carlota Bronté y el de George Elliot y en el extremo de este período, unido Meredith a Thomas Hardy. Así como los dos grandes de la mitad del mil ochocientos habían hecho de Londres y sus habitantes el ambiente de sus investigaciones, Meredith y Hardy, recurren a la vida rural. Un contacto más íntimo con la tierra les caracteriza; ella inspira su arte y aún su concepción general de la vida. Partiendo de un mismo punto de vista, sus reflexiones respectivas conducen al uno a un optimismo alentador y al otro al nihilismo moral.

Meredith admite la lucha contra el aparente determinismo de la existencia, pero Hardy al eliminar de sus consideraciones, el esfuerzo y la virtud, hace del hombre un juguete de las fuerzas ciegas del Universo.

La vida era para el autor de «La prueba de Ricardo Feverel,» un deporte, un juego renovado sin cesar, y al cual no se gana todas las veces, más donde el buen humor acaba por vencer la mala suerte.

Debido a una profunda decepción, acaso o a algún ensueño no realizado o a la misma amargura que surge de los intereses encontrados en nuestra vida donde acontece tan poco lo que proyectamos y sucede harto a menudo—donde lo que tememos. La misma naturaleza con sus brutales aleccionamientos, nos conduce a pensar así. Sea de ello lo que fuere, Hardy es un pesimista.

Sin embargo, donde puede mejor un escritor mozo meditar, soñar o componer que en medio de la incomparable seducción de los paisajes ingleses donde cada generación agrega algún recuerdo de su amor por el hogar donde nació? La predilección del escritor por su rincón natal, el condado de Dorsetshire, es un rasgo muy inglés.

El pensamiento de Taine, nacido también él en un sitio de

bosques seculares, nos aclara este temperamento vigoroso: las almas apasionadas aman profundamente las bellezas de la naturaleza.

Sus héroes son los paisanos, los terratenientes, los montañeses, los rurales en una palabra. Se complace en pintarlos como son, sin idealizarlos, esclavos de las fuerzas naturales. No describe al paisano únicamente lúbrico y feroz como ciertos novelistas, lo revela tal cual nos aparece: enigmático, concentrado, movida a veces por sórdido egoísmo, estupidez y codicia. Si las pasiones a veces se manifiestan más intensamente en la persona de la gente de campo, también en ella se mantienen incólumes muchas virtudes de la raza. Encontramos una seriedad de propósitos, una fuerza cerril de carácter, una ternera espontánea y una nobleza insospechada en los rústicos silenciosos y lentos.

Desde la muerte de Meredith es Thomas Hardy el escritor más eminente de Inglaterra. Desde hace veinte años vive en el retiro y en el silencio.

Entre los novelistas ingleses es quien más se ajusta a un plan de composición y de objetividad general. Hállase en su manera de escribir la novela algo de científico, precisándose los caracteres pintados en la misma, por las leyes del medio ambiente, del clima, de la historia, del pasado y hasta del oficio. ¿No es el sentido de la euritmia el primer paso hacia la obra de arte? Hardy posee este sentido que le hace un maestro en el género novelesco. Por el alma, también pagana, se acerca al ideal heleno-latina. La belleza divina de los campos, la emoción llena de presagios de la fecundidad de la naturaleza vegetal, las voluntades arcánicas del aire, del cielo y de la tierra no han sido mejor sensibilizadas por ningún novelista contemporáneo.

La vida no se reduce a la sola pasión del amor; este es sólo uno de sus aspectos y como todo queda sometido a la inexorable deidad, que con la misma impavidez aumenta los amargos padeceres del justo o colma de prosperidad al malvado y al inepto.

Este sombrío pesimismo que no hallará reposo sino en la muerte o en el olvido, singulariza a Hardy entre los escritores

insulares. Ha vivido al margen de su tiempo; se ha adelantado al espíritu de rebelión en cuyo fuego arderá el templo ordenado del puritanismo victoriano.

Los conflictos entre la religión y la ciencia, de la democracia y de la práctica cristiana, la confusión inevitable y el desconcierto que esas antinomias producen en el hombre sensible y contemplativo, condujeron a este escritor a este estado espiritual, tan generalizado hoy.

Comenzó su carrera literaria en 1870, habiendo abandonado previamente su vocación de arquitecto. Su educación artística y científica explican la belleza severa, selecta y ordenada de su obra.

Desde 1872 a 1891 publica un ciclo de novelas rústicas, fiel pintura de esa vida de las farms inglesas y de las aldeas campesinas, y de la existencia doméstica en el cottage que hace sentir continuo la amabilidad, la sabiduría y el arcaísmo del vivir Inglés. En 1872 «Under the Greenwood Tree»; en 1873 «A pair of blue eyes». Con «Far from the Madding Crowd» (1874) templóse en la plenitud de su ideal artístico y empieza para él la celebridad y el éxito de librería.

Síguenle en 1878 «The Return of the Natives», en 1881 «A Laodicean», «The Mayor of Casterbridge» (1886); «The Woodlanders» (1887), donde los árboles asimilados a deidades protectoras, velan por el conjunto humano. Vivos los divinos silenciosos, contribuyen a la salud de los campesinos; muertos aumentan su riqueza. Su garbosa silueta por cuyo ramaje se columbra el cielo cual al través de un vitral, envuelven el paisaje en el cendal de la poesía y del amor. «Tess of the d'Urbervilles», la obra cardinal, aparece en 1891. Refiere el mismo caso dolorosísimo que Adam Bede: el instinto sensual del hombre avasallando todo: pureza, inocencia, noble beldad, para satisfacerse.

La amarga lección de uno y otro libro, es que mientras la inocente es castigada el culpable escapa por lo menos a la sanción pública. Hay sin embargo una disyuntiva entre la intención de uno y otro de los escritores. Jorje Elliot parte de un principio inexorable, cuya traegresión acarrea la pérdida irreparable del honor. No es siquiera concebible vivir sin él.

Hardy desconoce el factor psíquico en el universo. No atisba leyes en él y por consiguiente descuenta la sanción moral a nuestros actos. Más, no es posible sustraerse a la modalidad ingénita del espíritu humano; por alguna cosa, no importa cuan insignificante sea ella, estamos ligados a las verdades eternas. Lo que niega al poder inmanente de Dios, lo imputa al poeta cósmico, a los agentes naturales y a la fuerza acumulativa de la herencia.

Tal es Thomas Hardy: estoico, pero sin ninguna razón divina o humana para su resignación de «homo sapiens». Ha rechazado las tibias quimeras, los sueños inquietantes, las ilusorias caricias; se ha puesto a ver pasar el raudal desde el observatorio de su experiencia personal.

Hacia el fin de su carrera, escribe «Jude, the obscure» (1896) y «The Well Beloved» (1897); en estas novelas se aparta de la manera que le dió su fama. Le pasó lo que al gigante Anteo, al abandonar a su madre terrestre, perdió en ello.

.....

Qué visiones de la vida y sus luchas, qué exhortaciones, qué consuelos, qué esperanzas traen estos libros y estos hombres. Perdura al través de la página escrita su fuerza moral para solazarnos, otorgarnos una promesa de inmortalidad y quizá muy amenudo hacer para nosotros de faro en el mar proceloso de la vida humana.

AUGSTA ARNOLD HUMPREY WARD.—*La preocupación del destino humano*

Sin duda es la mujer inglesa el mas alto exponente de su sexo. Francia fué otrora la nación en que ella tuvo una influencia considerable, ya como consejera y bella compañera de reyes, ora cual talento literario tales como Christine de Troyes, Marguerite de Valois, Mme. de Sevigné, Mme. de Staël, George Sand y Clemence Royer. Es hoy la inglesa, el tipo mas cerebral e intelectual de mujer. De ella vendrá la emancipación de prejuicios seculares. Notable ejemplo de ello, es Mrs. Humphrey Ward cuyo largo vivir le hace participar de todas las evolucion-

nes literarias y del siglo. Su modalidad, sin embargo es netamente victoriana. La obra suya, impregnada de la controversia entre la religión y la ciencia, la política y la conciencia tiene en este sentido la importancia de un histórico documento sobre una época de transición entre la prepotencia del dogma y el nihilismo panteísta que parece prevalecer hoy, en la gente de letras. Ofrece la particularidad de haber tomado parte en las más grandes inquietudes de la conciencia personal, y aunque fué un día su portavoz, ha visto no obstante pasar esa época de sensibilidad moral.

Su evolución ha sido en sentido inverso a la de George Elliot. Esta última partiendo de las añoranzas del «dulce domu» y despojándose de la minuciosidad de su inmenso saber, escribe obras de realismo y pasión para terminar su carrera con la novela de tesis; la Sra. Ward en cambio, acaba por donde debutó su predecesora.

No es posible ignorar su equête en forma novelesca de los mas interesantes modos y variaciones del pensamiento en Inglaterra.

Toda su vida fué dirigida a intensificar su modalidad. Vivió y se educó en Oxford, centro intelectual intenso, en claustros medioevales, rodeados por la tranquilidad propia de una poética ciudad de provincia, departían los mas altos ingenios de la época. Hija de Thomas Arnold, nieta del gran Mathew Arnold, el proboste de Rugby, llevaba en sus venas, el espíritu cristiano y la mentalidad vigorosa. Casóse con un profesor de los mas distinguidos. Ningun autor traduce tan lípidamente en sus libros, el ambiente elevado en que se desarrolló. La pugna del espíritu humano para arribar a la verdad, la dignidad de la duda cuando ella no conduce a la inacción o la moralidad, la nobilísima poesía que se desprende de la preocupación moral; todo ello lo ha analizado con una fina maestría en «Robert Elsnere», su primer libro y su mayor éxito literario.

El pensamiento tiene su fin en sí mismo. ¿Qué es el bien, el summum bonum? Vanidad de vanidades, todo es vanidad, pero el hombre de contextura moral pregunta a la esfinge sus secretos. Nada, le responde, es cierto, sino es el señalar a las civilizaciones pasadas y aún a la nuestra dentro de siglos tan fene-

cida como aquellas. ¿Existe un guía conductor para el futuro, otro que él constatar la permanencia del cambio de las cosas en el fluir del tiempo?

Esos preguntados para los cuales la lógica no tiene contestación, sólo posee una en conclusión. Adopta la fe en un Dios personal.

Esa es la historia de «Robert Elsmere»; la victoria sobre la duda, el triunfo del intelecto sobre la materia. Atraviesa el conflicto,—un conflicto muy típico del temperamento concentrado y probo del inglés,—para descansar en el apacible corazón del espíritu.

«El día en su ardor,
La lucha con su laurel,
Las estrellas en su calma.»

Por algo poetizaba así su filosofía Mateo Arnold, el abuelo tan ilustre de la Sra. Ward.

Este libro tuvo una extraordinaria resonancia. Hace el elogio de un público que se apasiona por un drama íntimo de conciencia, un batallar en las tinieblas deseoso de luz. En su conjunto es «Roberto Flemere» una novela profunda de una psicología honda, que será siempre leída por quienes amen las ideas y la libertad de pensamiento en los asuntos religiosos.

Siguiéronle en 1888 «Helbock of Bannisdale», «The case of Richard Meynell» (1898), «Marcella» (1898), «Sir George Tresady» (1896), «The Coryston Family» (1913), agitan temas políticos o sociológicos.

«David Grieve» (1892) es valorado como su mejor novela. No aborda problema alguno, sino que es la descripción de una familia inglesa de la clase media. La pintura del ambiente y de los personajes es detalladísima; és un libro triste, pesimista, reflejo de un pequeño mundo sin otro horizonte que el hábito consagrado, el prejuicio social y religioso donde una buena acción no traspasa el umbral de las puertas y el leve rumor o el sugerimiento de una mala, se propaga leguas alrededor.

«David Grieve» traduce una magnanimidad no exenta de lo sublime que aletea en la religión de la verdad. Por el teatro de

su alma se representan varios dramas de los cuales no sale ella lastimada y puede descansar en el amor.

En su ensayo «Ariel», José Enrique Rodó atisba en David, nacido acaso con fuertes pasiones y exquisita sensibilidad, veladas por el dominio del carácter,—el prototipo de esos jóvenes que concentran en su desenvolver espiritual todas las inquietudes, dudas, dolores y goces de una generación. Las obras de su segundo período,—todo autor tiene a la mitad de su vida un desplazamiento intelectual y moral,—cesan de ser sólidos panoramas de hechos sociales, históricos o religiosos para convertirse en historias mundanas, relatos de la alta sociedad en que el pasatiempo sutil del amor y de sus azares ocupan por entero la fábula.

Se llaman «Lady Roses Daughter» (1903), «The Marriage of William Ashe» 1905), «Fenwick's Carrer» (1906), «Eltham House», superiores como obras de entretención sentimental, no tienen el vigor ni la injundia de las anteriores y por las cuales sobrevivirán en la literatura.

La vocación de Humphrey Ward era enseñar con penetración de artista; su labor se resiente de intelectualismo, de la observación de la vida al través de los libros, desde las gradas de uno de esos colegios de Oxford, de arquitectura ensoñadora, venerada por el tiempo, que en sus muros ha dejado toda suerte de bellos y nobles recuerdos. Desde esas universidades, las únicas ejemplares de la tierra, sitios que conmueven a Hipólito Taine como un gesto de amor, no es dable ver la existencia, sino con esplendor moral.

Esa Inglaterra orgullosa de la alta moralidad de sus hijos, país donde las preocupaciones de la conciencia tienen un puesto tan honroso, es traducida con elocuencia fervorosa en las páginas de esta escritora.

No se podrá reconstituir el cuadro múltiple y majestuoso del fin del siglo XIX sin recurrir a sus libros sinceros y elevados.

El carácter inglés según estos autores

Un riguroso individualismo es inseparable de toda cultura verdadera y toda civilización en marcha. Surge este razgo de los estudios sobre los autores citados. Si por ese pronunciado

carácter que hace de la voluntad y no el intelecto, la facultad dominante del pueblo inglés, lo hallan los extranjeros un país muy hosco, vuélvese Inglaterra despues de unos años de estada allí, un hogar inolvidable. Es una de las pocas naciones, que en comprendiéndola bien en toda su sabiduría, práctica y en su elevación moral, se llega a querer profundamente.

Con cuanta facilidad se cae en la magia o el embrujo de su belleza física, pero todavía aun mas, con mas hondor en la fascinación de su esplendor moral. No quiero entender por ello, sea Inglaterra, una isla de santas, pero si un país donde el hombre lleva a la vida una sorprendente seriedad de propósitos y una sensibilidad de la conciencia individual muy poco comun. Cuan espontáneamente toda dificultad de la vida se vuelve un problema al que se dedican miles de inteligencias a buscar el resolverlo. Estas novelas obedecen todas ellas a esa idiosincracia tan superior.

Uno de los mas consumados maestros en la observación del carácter insular, ha comparado bellamente a el pueblo anglo como la tripulación de un barco. Bien reducida es la isla en que vive y sueña.

Semeja con toda exactitud una nave surcando los mares, llenos de peligros que la circundan. En el siglo diez y ocho su población no excedía de diez millones de habitantes. La ruda lucha por la vida que implican el clima y la constitución social, han impuesto a la sociedad la disciplina férrea exigida por el receloso y sombrío mar, a los navegantes. Así el inglés en tierra estraña se conduce bastante como el marinero, fuera de su barco que él considera con justicia su pequeño mundo.

Este pueblo ha emprendido cosas infinitamente grandes, impelido, se dirá, por su amor de lucro y de la posesión territorial, pero acaso su realidad, por exceso de salud y de vitalidad. Preciso es convenir que el inglés es un espléndido animal humano con fuertes instintos naturales.

La facultad dominante del inglés es el carácter y no como en el francés, la inteligencia aguda y clara, cualidades maestras que le hacen un orgulloso del intelecto. Así el pueblo de la gracia, de la harmonía y del orden mental no se avendría como el inglés, a admirar tanto esos *grandes silenciosos* cuya

palabra es corta y autoritaria; cuya acción perseverante es fecunda y duradera. De ahí dedúcese, ame tanto la acción el inglés, que traducida en términos reales significan la conquista del mundo, los deportes, el estudio de la historia y el amor a los clásicos. Sus novelas se acercan asaz al relato histórico por la exactitud, la precisión y la sinceridad del concepto. ¿Y qué es en resumen una buena novela? sino un conjunto [de biografías de seres cuya importancia psicológica no es lo suficiente para hacer de ellos, héroes de la nacionalidad, pero sí de nuestro, corazón. No podemos imaginarnos una novela mas interesante en mundo que la novela de la vida íntima: el vivir cotidiano de nuestros anhelos, pasiones y pesares. Las aventuras los dolores colectivos que son para el lector, comparadas con las de un solo ser. Necesitamos advertir el palpito de un solo corazón y las vibraciones pensantes de un solo cerebro. Todos adoramos al héroe, le amamos y daríamos por él, la vida a nuestra vez.

Si la obra del carácter inglés ha sido grande—sus colonias, su imperio, la base psíquica del pueblo americano,—todavía le esperan tareas mas amplias: la consolidación de un nuevo mundo político y moral. Se habla a veces de la vieja isla como de algo vetusto y carcomido, en verdad es joven todavía, empieza para ella, despues de la gran guerra una nueva era de emancipación espiritual: sus bajas clases se transforman y dan un nuevo matiz a su democracia encaminada por hijos de la gleba como Lloyd George a un gobierno mas libre, mas estable, mas venturoso.

El alma inglesa, a pesar de ese pundonor que le hace parecer hipócrita pesar suyo, es un alma primitiva, muy en íntima comunión con la divina naturaleza. Por ello mismo es mas capaz de originalidad y audacia que la de otros pueblos. Muy fuertes son sus instintos naturales así como la represión de los mismos en las mallas de las leyes sociales y políticas. Bien puede equipararse esta alma tan interesante y atrayente, a un campo de batalla donde luchan con denuedo el mas puro amor de la libertad individual de la verdad como espejo de la vida universal, con los prejuicios de las castas y la tiranía de la tradición.

ALBERTO NIN. FRIAS.